V PREGÓN DEL COSTALERO DE LA HERMANDAD DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO Y NUESTRA SEÑORA DE LA AMARGURA.

Año 2012

A cargo de

DON JOSÉ MANUEL ROJAS GUTIÉRREZ

Presentación: Don Ángel Rojas Navarro

INICIO

Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

Señor no soy digno de pronunciar palabra alguna sobre Ti, mi Dios, sin antes reconocer públicamente la pobreza de mi alma, la vanidad de mi persona y el orgullo que me esclavizan al ofender a mis hermanos y, por tanto, a mi Salvador.

Perdona, mi DIOS, mi JESÚS NAZARENO, todas, que son muchas mis culpas. Te he ofendido infinitas veces y si no fuera porque me amas tan inmensamente no entendería tu perdón, siendo el gran pecador que soy. Perdón SEÑOR, perdón por cuantas veces te ofendí.

RESPUESTA AL PRESENTADOR

Antes de que nacieras, nos fue revelado el nombre con el que teníamos que presentarte ante la comunidad cristiana el día de tu bautismo, Ángel. Un nombre que ni que estuviera pensado para ti, porque define perfectamente lo que eres, un mensajero de Dios, un nuncio, una criatura que Dios puso a nuestro lado para que tomáramos conciencia de la perfección humana.

Ya en una ocasión vi como a tu corta edad, cogías un micro y con sinceras palabras decías a la comunidad que estábamos allí reunidos: doy las gracias a mis padres por haberme criao. Fue el día, recordarás, que recibiste por primera vez a Jesús Sacramentado. Este momento me ha trasladado a aquel día, he sentido un tremendo orgullo y un profundo agradecimiento al verte aquí, en este momento, a un hombre ya, valiente, atrevido, sincero y demostrando al mundo que cuando se quiere de verdad no existen miedos ni barreras que te impidan expresar lo que sientes.

Gracias hijo mío por existir. Gracias por tus palabras salidas del corazón, gracias por dejarte querer y gracias por hacerme sentir

padre, padre de un hijo que para mí es recompensa infinita por tenerte a mi lado. Gracias. Te quiero hijo mío.

SALUDOS

Querido D. Carlos, director espiritual de la Hermandad, Hermano Mayor de nuestra Hermandad, presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías y costaleros todos.

PRESENTACIÓN

Quiso Jesús nacer de un vientre humano, de una mujer ya escogida antes de todos los tiempos; también quiso que yo naciera de una madre que ni escogida, en el seno de una humilde familia: mi padre, Pepe el de Celedonio, albañil, y mi madre Isabel de la barrería. De su compartido amor nacimos dos hijos, mi querida hermana, mi chica, como cariñosamente la llamo, a la que adoro y venero y la que jamás podrá entender lo que significa en mi vida; y un servidor. Quiso el Señor también que lo hiciera en este bendito pueblo, al que por nombre pusieron Mairena.

Me siento orgulloso de mi pueblo, de su gente, de sus costumbres, del saber hacer las cosas al estilo de pueblo, de sus fiestas, y sobre todo de su semana santa. No me gustaría que el paso del tiempo privara a nuestros hijos de los tesoros que encierra nuestro pueblo: costumbres de la liturgia, de las cofradías en las calles, del saludo matinal, del jai mairenero, del olor a pan, de los dulces bien hechos, de las casas limpias al llegar febrero, de alumbrar al Cristo de la Cárcel, del Corpus mairenero, de los oficios de iglesia, del respeto al abuelo, de querer a los mayores, de acoger al forastero, de barrer las puertas, de encalar los corrales, de la misa del gallo, de la vecina del al lado, de qué rico los pestiños, de torrijas con vino, de campanilleros, de respeto a los difuntos, de alumbrar en el cementerio, de rezar a diario, de servir al mendigo, de ayudar al amigo, de tomar un blanco, de jugar un tute, de rebuscar papas, de coger aceitunas, de regar las flores, de sembrar claveles, de

gitanillas en las ventanas, de casas con puertas abiertas, de tomar en la calle el fresquito, de tender en los patios, de cantar saetas, de hacer buen puchero,…, de tantas costumbres que nuestros mayores han ido dejándonos como legado e identidad de un pueblo bendito llamado Mairena.

Soy mairenero por tos laos. Y como tal no puedo dejar de ser jesuista, es casi una obligación del mairenero, porque es tal el amor que sentimos por nuestro bendito Jesús Nazareno, que no hace falta pertenecer a la hermandad para amarle con todas tus fuerzas.

Señor, es decir Jesús,

y de seguida se nos viene Nazareno,

es decir, Mairena,

y de seguido acordarnos del costalero,

sí, digo costalero

porque ¿quién siendo niño,

no soñó con portar al Nazareno?,

o quizás, ¿querías ser armao?

o ¿era más bien nazareno?

¿verónica has dicho?, verdad

que siendo moza del pueblo

es lo más natural

querer aliviar a Jesús Nazareno.

Es decir Jesús Nazareno

Y ver a Dios,

el Dios capataz de nuestro pueblo.

Mi agradecimiento a los miembros de la junta que tuvieron la osadía de pedirme que fuera el pregonero de este año, a lo que accedí no sin antes dudarlo y consultarlo con mis hijos. Empresa a la que me he abandonado con todo mi entusiasmo y fervor, y por supuesto poniéndome en las manos de nuestro Señor para que disimulara mi torpeza.

Dispensadme, el gran favor, os pido, de poder dedicar mis sencillas, sinceras y pobres palabras de este pregón a mis dos hijos: Ángel y Patricia.

Ellos son el tesoro más preciado que jamás pude imaginar tendría en esta vida.

Deseo concedido,

amor expandido,

plegaria atendida.

petición concedida…

Es más de lo que nunca imaginé,

Un poco Dios me siento

pues tuve la fortuna,

de que sin serlo,

dos vidas gesté.

Pasión y delirio,

ternura, dulce amargura

y por qué no, locura.

Mi sangre si duda derramaría

si con ello sanara,

las heridas que os causa la vida,

y no hablo de mi alma,

porque solo a Dios pertenece,

mas no vacilaría

en utilizarla al cambio

del favor que se me concediese.

Y no soy dueño ni de ella,

ni de mi vida

ni de mis pensamientos,

ni qué decir, de mis enajenados sentimientos.

.

Pero sí, de mi sana locura

y en delirante arrebato puedo proclamar:

Ángel, Patricia

sin vosotros, mis hijos,

no concibo la vida.

INTRODUCCIÓN

Qué atrevimiento el mío, utilizar la palabra para llevar hasta los presentes mi sentir, mi sentir costalero.

Costalero, que con su faja a la cintura ceñida y su costal bien asido al cuello, sea capaz de cargar sobre el cuerpo el peso del madero. Madero que el mismo Jesús cargó, cuando por nuestros pecados fue llevado como reo y hoy lo tenemos con nosotros, como nazareno.

Jesús no tuvo la oportunidad de ceñirse faja a la cintura, ni de colocarse costal sobre su cuello, ni de calzar alpargatas, sólo le dieron una cruz por trabajadera. Ni siquiera un capataz que le dijera "vámonos al cielo", sólo pudo sentir sufrimiento, dolor y desamparo por nosotros, los que nos llamamos costaleros, que hoy como cada día seguimos luciendo atuendos, pero son argumentos fáciles y no de corazón para adentro.

Costal, elemento básico y fundamental del costalero, al que da nombre; saco grande de tela y en el que paradójicamente cabrían muchas de nuestras faltas y pecados.

Como cristianos, queriendo y debiendo ser costaleros divinos de Cristo, ¿con qué podríamos hacer nuestro costal para que soportara tantas situaciones y tentaciones a la que nos expone la vida cada día?

Quizás un buen costal de tolerancia, haría que soportáramos mejor al hermano que tenemos frente a nosotros, implorando nuestra compresión; o quizás si lo hacemos de caridad, nos resulte más cómodo y sentiremos menos dolor al desprendernos de algunos bienes materiales; o será mejor buscar un buen saco de humildad con el que poder confeccionar un buen costal para cuando sintamos nuestra grandeza humana, que es divina y no nuestra, que comprendamos que somos el resultado del amor de un Dios; o de respeto, no de respeto no, este lo dejaremos para cuando nuestros riñones no puedan con el peso de la soberbia, entonces nos

ceñiremos al cuerpo una faja de respeto, respeto a la vida, a nuestros mayores, a nuestros pequeños, respeto al mundo; y no vendrían mal unas buenas alpargatas de amor, con las que pisar fuerte sobre el asfalto de cada día, pero no aplastando todo lo que cae por debajo de nosotros, sino al contrario, cuidando donde dejamos nuestras huellas, huellas imborrables que serán, si dejamos de caminar solos y permitimos a Dios que sea compañero en nuestro hermoso camino.

Sea la de esta noche una chicotá, en la que todos podamos sentirnos costaleros, los que hemos sido alguna vez, los que son y los que siempre tendrán la oportunidad de serlo.

Sirva esta coqueta ermita en la que nos encontramos, como paso, en donde todos nos sintamos costaleros de una misma cuadrilla, cada uno en su trabajadera, en la que tendrá que esforzarse para dar el máximo de sí, sin cargar sobrepeso alguno sobre su compañero y en donde tengamos por capataz a un hombre-Dios que es Jesús Nazareno. Capataz divino, que sabiendo de nuestra fragilidad, nunca forzará una chicotá para dejarnos exhaustos por el esfuerzo, más bien calculará con esmero, como buen capataz saber hacer, donde arriar el paso de nuevo, para que una vez cogido aliento, volvamos a estar preparados, para que cuando nos pregunte ¿estamos? podamos decirle, cuando quieras Señor, ¡al cielo!.

Desde este atril, vuestro humilde servidor, agarrado a él, como a una trabajadera, pide a su capataz Jesús Nazareno que haga posible que la chicotá que vamos a dar esta noche sea para toda la cuadrilla aquí presente, al menos motivo de reflexión en algún momento, o por qué no, podamos redescubrir a ese viejo o tal vez olvidado Dios que todos llevamos dentro.

BENDITA JUVENTUD

Cuando el inexorable paso del tiempo hace que mires atrás y tomes conciencia del valor de la juventud que has disfrutado, es cuando eres capaz de exclamar, ¡Bendita juventud!, la que he vivido y que añoro, por mucha cosas. Sobre todo porque puedo sentir que se esfumó… se esfumó esa inocencia con la que afrontas todo, sin pensar en las consecuencias que te pueda acarrear. A medida que van pasando los años te haces más ruín y el corazón piensa antes de obrar. Habiendo pasado todos, los adultos me refiero, por esta etapa de nuestra vida, cuesta poco imaginar la ilusión que nuestros jóvenes tienen en estos días, tan cercanos ya a aquello que llevamos todo un año esperando, jóvenes que dirigen su mirada hacia nosotros, sus mayores, queriendo descubrir lo que sería la imagen de su hermandad.

Debemos ser los más adultos el espejo en donde esta bendita juventud pueda mirarse, sin ver en nosotros prejuicio alguno, ni abandono de nuestras responsabilidades en cualquier campo de nuestra vida: el personal, familiar, laboral,...Tienen que ver en nosotros también el compromiso que adquirimos al ser hermanos de una hermandad.

“ay de aquel que escandalice a un niño, más le vale atarse una piedra de molino al cuello y arrojarse al agua”. Palabras que puestas en la boca de nuestro Señor Jesús Nazareno, deben hacernos temblar y temer por si incurrimos en algún momento en el error de ser motivo de escándalo para nuestros jóvenes.

Bendita juventud, a la que tenemos que apoyar desde dentro de las hermandades, ya está bien de la imagen que nos quieren hacer ver de nuestros hijos: vagos, insolidarios, despreocupados, flojos, ignorantes, no comprometidos con nada ni con nadie, pasotas, botelloneros, alcohólicos, fumetas, sin valores, sin ideas, sin un punto de referencia al que mirar, perdidos…!!basta ya!!, porque a nuestra juventud, divina juventud, podemos verla involucrada y comprometida en muchos ámbitos: igualmente la vemos

recogiendo alimentos en las campañas de cáritas, que vistiendo un hábito de costalero, que de nazareno, que visitando a un enfermo, que ayudando en la santa misa, que dando la cara por su hermandad, por su Jesús Nazareno y su madre bendita, nuestra Virgen de la Amargura.

Desde aquí, me dirijo a vosotros, los jóvenes, a esos jóvenes que sois el mañana más cercano; presentaos al mundo como siempre han sido los jóvenes: activos, activos en muchos campos en los que hay que trabajar, dentro y fuera de nuestra hermandad,: ayudando a la comunidad parroquial, impartiendo catequesis, participando con entusiasmo en la Santa Misa, Sacrificio de Amor de este mismo Jesús Nazareno, imprescindible en la vida de un cristiano. Activos, sí, luchadores incansables, luchad por vuestras ideas, pero con todas esas fuerzas con las que cuenta la juventud; solidarios, solidarios con los hermanos que os necesiten en cada momento; cariñosos, respetuosos con nuestros mayores; alocados, sí, por qué no, un poco de bendita locura nunca viene mal.

Imitad a Cristo, cuando siendo un joven como vosotros, dedicó la mayor parte de su tiempo preparándose, amando, respetando y conviviendo con sus padres. Invitadle a vuestras movidas y hacerle partícipe de vuestras vidas.

“No os avergoncéis del Señor”

“No paséis de largo ante el sufrimiento humano”

“Seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia”

Estos son algunos de los mensajes, que el Santo Padre el Papa Benedicto XVI, nos ha dejado de forma clara y rotunda, cuando visitó nuestro país con motivo de las JMJ.

Sucesor del apóstol Pedro, la figura del Papa debe de ser para nosotros los cristianos una manifestación viva de fe y entrega a Dios.

Bendito Dios,

que nos otorgas a los mortales

la inmensa dicha de ser jóvenes.

Bendito Dios que nos concedes

ser ciegos y cobardes.

Bendita juventud divina,

colmada de locuras,

con prisa por ser decano,

Y siendo ya mayor

no hay premura por ser anciano.

Señor, no quise crecer

para no dejar de ser joven.

No quise ser joven, Señor

para no tener que crecer,

mas cuando crecía,

crecía en tu amor,

cuando amaba

amaba a mi Señor.

Señor no quise crecer

para no dejar de ser joven,

no quise ser joven, Señor

para no tener que crecer,

Mas cuando te conocí, Señor

comprendí

que el ser joven no es vivir

sino morir contigo de amor.

75 ANIVERSARIO

Corría el año de 1936 cuando por nefastas circunstancias muchos de nuestros altares quedaron huérfanos al ser destruidas sus imágenes, haciéndose un vacío inmenso en el corazón de aquellos lugareños que las adoraban…quiso nuestro Dios para nuestro deleite que un tal Jesús Nazareno se hiciera presente en este pueblo, colmando de fervor y dejando turbado a todo aquel que lo contemplaba. Y así lo cuentan los ancianos del lugar con asombro, con inmensa satisfacción y pasión en sus rostros, al ver por primera vez a un Dios vivo andando por las calles de Mairena.

Tuvo que asomarse muchas veces la luna al balcón de la plazoleta y la aurora irse a dormir tantas otras, esperando que llegara el momento en que pudieran hacer de guía y luminaria al redentor de Mairena. El universo entero aguardaba desde hacía algún tiempo la noticia anunciada, querían ser testigos directos de un acontecimiento único, anhelado tras la confortable recompensa de contemplar, cómo un Cristo Nazareno, que bajo un humilde techo afincó su casa en la tierra, dejaba huérfana la ermita para pasear sobre los hombros de sus hijos por los caminos, calles y plazuelas.

Te llevamos Señor, Jesús Nazareno, sobre hombros, con orgullo de ser tus hijos, te ayudamos con amor a caminar por tu pueblo, por calles que a tu paso se engalanan, más con ternura y pasión, que con ajuar, enseres y aperos; que por no saber qué ofrecerte, te brindan su presencia junto a ti en el camino. Disfrutaste de barrios

nuevos que no conocías, contemplaste a tu paso sus casas, que no hace mucho no estaban, pero que ahora parece que hayan surgido de la nada y hayan estado allí toda la vida, sé que te sentiste en todo momento como en casa, Señor, porque las familias y vecinos eran viejos conocidos tuyos, de muchos encuentros personales, sé que en todo momento te sentiste arropado por tantos fieles. No quisiste pasar, Señor, sin parar a visitar a personas enfermas o impedidas que aunque necesitadas de ti, no pueden llegar a verte, y fuiste tú, quien una vez más te encajaste en el zaguán de sus casas y dejaste que te miraran cara a cara ¡Qué caras se pudieron ver!, ¡qué asombro!, ¡qué espanto!, ¡qué incredulidad!… ¿quién soy yo para merecer que venga Jesús Nazareno a mi casa a visitarme?

¡Qué oración más intensa y a la vez más profunda!, la del intercambio de miradas cómplices que por un instante conectaban alma con alma, en un plano espacial distinto al terrenal y mortal, transportándonos a un monte Tabor constante, en donde como Pedro, Santiago y Juan al ver a Elías y Moisés con Jesús, quedamos a la vez asustados y confundidos por lo que nuestros ojos podían ver; el mismísimo hijo de Dios puerta por puerta derramando su bendición a su paso por los hogares de los maireneros.

Quisiste, mi Jesús Nazareno, recorrer toda la geografía de este nuestro pueblo, para recordarle a muchos maireneros, que estás vivo, que sigues con tu cruz a cuestas, cruz pesada y molesta, y que entre todos podemos arrimar nuestro hombro al hombro divino y hacernos costaleros.

Una vez más Señor, nos has mostrado que con humildad podemos hacer de este mundo un nuevo Edén, en donde el plan de Dios, diseñado por y para nosotros, pueda ser una realidad; un lugar en donde la humildad sea nuestra forma de vida, y el amor nuestra razón de ser.

Son tiempos difíciles para todos, es verdad que la época de crisis que estamos viviendo, es grave, pero es en estos momentos, cuando los cristianos, tenemos la obligación de enseñar al mundo

algo tan nuevo, y antiguo a la vez, como es la fe, fe en Dios y fe en nosotros. Creo que a Dios agrada que creamos más en nosotros mismos, pues fue Él quien nos hizo a su imagen y semejanza, y si

somos semejantes a Dios, podemos obrar grandes proyectos, milagros que pueden ser posibles gracias al amor. “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”, es esto lo último que Jesús les dispone a sus discípulos aquí en la tierra. Amaos, que palabra más carente de significado en nuestros días de crisis, verdadera crisis, pero además de valores.

75 años Señor, no es mucho, ni poco, un tiempo aparente para conocer a las personas de las que te has rodeado en la hermandad ¡cuánta buena gente Señor, ha estado a tu lado en estos 75 años! Seguro que recuerdas uno por uno los nombres de todos y todas, de todas las buenas personas que han estado siempre dispuestas a hacer de cirineos o de costaleros porque, ¿qué diferencia podría haber entre ser costalero o cirineo? Hombres y mujeres de buena fe, que supieron decirte: Señor, Jesús Nazareno, déjame que te ayude con tu pesada carga, porque en mi tierra se dice que no es bien nacido el que no es agradecido; yo no soy quién para poner nombre a alguno de ellos, además a Ti no te hace falta, pero en la memoria de todos nosotros están, sus nombres, sus caras y sus obras. Gracias, Señor, por haberte rodeado siempre de hombres y mujeres que entendieron lo que era ser jesuista nazareno.

Vaya en este día hermoso, nuestro recuerdo para aquellos que ya disfrutan de tu presencia en un lugar privilegiado allá en el cielo.

Setenta y cinco años Señor,

setenta y cinco años ya,

que no son mucho, ni poco.

A nosotros los jesuitas maireneros

nos has cautivado con tu rostro

tan lleno de perdón, tan moreno,

tu mirada rasgada

tu pelo oscuro y sudoroso

tu barba movida por el viento

tus manos asidas a la cruz

con fuerza, con amor, con salero

tus pies descalzos,

pisando sobre manto de terciopelo,

tu túnica, lisa o no, pero

llevada con gusto y tipo mairenero.

Setenta y cinco años Señor

no son mucho ni poco

para pedirte perdón

implorarte clemencia

caer rendido a tus pies

llorar amargamente mi dolor

suplicar tu bendición

y gritar al mundo tu nombre, Jesús

mi Jesús Nazareno.

MUJER (VERÓNICA)

Tengo que confesar que siento celos inmensos de una mujer, que brindó a Dios, estando humillado, maltratado y ensangrentado, un modesto paño para limpiar el sudor y la sangre de su rostro. ¡Que cercanía la tuya con Jesús, en un momento de tanta humillación y dolor!, aliviado en ese instante por unas manos de compasión, con las que curaste de abandono a nuestro Señor. ¡Que mirada la que Jesús te dedicaría!, mirada de un Dios, al que estábamos matando, mirada de amor una vez más.

Que valentía la tuya mujer verónica, que sin importarte a lo que te exponías, utilizando por escudo y ungüento sanador el raido paño que tenías lo usaste para aliviar a nuestro Señor. Al igual que tú hoy en los tiempos que corren también hay muchas mujeres que hacen de verónicas, ofreciendo a los que necesitan del amor de Cristo, un paño en el que puedan limpiar todo lo que mancha su rostro. Son mujeres que renuncian a vivir una vida personal, para dedicarse a los demás, viven una vida en comunión con Cristo y desde su vocación ofrecen al mundo lo mejor que tienen, su dedicación plena a los demás.

Benditas mujeres, que anteponen a su propia vida la necesidad del niño que pasa hambre y frio, que cuidan con cariño al anciano, que hablan con amor al inmigrante, que rezan en silencio, que piden limosna, que curan las heridas del enfermo, que reparten comida al hambriento, que acogen a madres sin recursos, que en su tierra o en países lejanos se sienten como en casa, que no necesitan más para darlo todo, que sin saberlo subrayan las palabras de Cristo en cada mirada.

Y qué agradecido eres Jesús Nazareno, que al instante quisiste dejar huella en aquel velo, seguramente haraposo, pero tan limpio y lleno de buena intención, que fue tu bendito rostro el que dejaste impreso en él, para el deleite de todos los maireneros.

Nuestra querida hermandad es peculiar por muchos motivos, pero también es tradicional para nuestro orgullo, por tanto no dejemos nunca que el título de tradicional que poseemos carezca de sentido, y sois vosotras las mujeres las que jugáis un papel decisivo en este campo. Sed valientes como la mujer verónica y acercaros a Jesús que de seguro al instante recibiréis buena recompensa.

HERMANDAD

Hermandad, ¿armonía, amistad**,** concordia, entendimiento, acuerdo, unión entre hermanos? Hermanos, lo que implicaría que todos tenemos un mismo padre y una misma madre ¿o por el contrario no es más que un concepto carente de contenido y significado?

Me he preguntado muchas veces si nuestro Dios, Jesús el Nazareno, compartirá con nosotros este concepto de hermandad que vivimos en nuestros días o quizás no entienda que hacemos hombres y mujeres, que nos distraemos en tantas ñoñerías superficiales y no vemos el verdadero sentido de las cosas.

En cada familia, el mayor de todos los hermanos es referencia y guía para todos los demás miembros. Cuando tiene que regañar a uno más pequeño lo hace siempre desde el amor de hermano y sabiendo que es deber suyo dar ejemplo. Los demás hermanos saben que el mayor tiene una gran responsabilidad con ellos, porque es ante el padre ante quién tendrán que rendir cuentas sobre los talentos que se le han dejado depositados en confianza, del rebaño que se le encomendó a fin de que lo cuidara de las alimañas; y será a él a quien se le pregunte dónde estaba escondido cuando sus hermanos pequeños lo buscaban. El mayor de los hermanos tiene una grave responsabilidad con su padre y todos los miembros de su familia, por eso deben ser todos los hermanos los que apiñados se sientan protegidos y guiados por su hermano mayor, al que respetarán y de seguro que tendrán en cuenta en sus plegarias a Dios.

¿Son por tanto las hermandades una gran familia, en donde teniendo todos unas mismas intenciones y objetivos facilitamos un buen caldo de cultivo para que prolifere el amor fraterno?¿son las hermandades instituciones, asociaciones o clubes sociales, en los que competimos con nuestros propios hermanos?¿son las hermandades guetos cerrados a los que no todos tienen el derecho de poder acceder?¿son las hermandades empresas gestionadoras de grandes patrimonios materiales?¿qué son nuestras hermandades? O mejor dicho, ¿qué estamos haciendo de las hermandades?

Debemos de estar orgullosos de pertenecer y sentir a una hermandad, pero no debemos dejar que nuestros hermanos puedan sentir rechazo o indiferencia por nuestra parte, debemos hacer que todos se sientan miembros de una gran familia, en la que compartamos unos mismos valores y principios.

No debe de ser la edad, impedimento alguno o excusa para sentirse más o menos integrado en una hermandad, cambiará la tarea que podamos desempeñar o la misión que nos puedan encomendar, pero sin duda que desde el recién nacido al que regalan su primera medalla de la hermandad, hasta el más curtido y longevo de los hermanos tiene su lugar aquí.

He tomado prestadas unas palabras, para compartir con ustedes mis hermanos, no son mías, sino que pertenecen a la mujer, madre Teresa de Calcuta.

“Siempre ten presente que la piel se arruga, el pelo se vuelve blanco,

los días se convierten en años...

Pero lo importante no cambia; tu fuerza y tu convicción no tienen edad.

Tu espíritu es el plumero de cualquier tela de araña.

Detrás de cada línea de llegada, hay una de partida.

Detrás de cada logro, hay otro desafío.

Mientras estés vivo, siéntete vivo.

Si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo.

No vivas de fotos amarillas...

Sigue aunque todos esperen que abandones.

No dejes que se oxide el hierro que hay en ti.

Haz que en vez de lástima, te tengan respeto.

Cuando por los años no puedas correr, trota.

Cuando no puedas trotar, camina.

Cuando no puedas caminar, usa el bastón.

¡¡¡Pero nunca te detengas!!!

Madre Teresa de Calcuta

Que cuando miremos a la cara a nuestro Jesús Nazareno podamos hacerlo con franqueza y amor, sin temer nada, pudiendo mirarle de frente sin sentir recelos, con valentía, siendo consecuentes con lo que nos pueda exigir al sentirnos cristianos.

Es tarea de todos, y digo todos, hacer de nuestras hermandades un claro referente y ejemplo para las generaciones venideras y para el mundo actual.

Si mirarte a la cara

no puedo, Señor,

que no sea por temor.

Me entretuve tanto en mirarte

que no te veía,

busqué tanto tu rostro

que no vi tus manos,

busqué tanto tus manos

que no vi tu corazón,

tu espalda ni la miré,

sucia, ensangrentada, mal oliente.

Tus pies no vi adonde caminaban,

tu pelo pegajoso y mugriento,

barba de muchos días,

mejillas maltratadas, abofeteadas,

no vi ni la ropa que tenias.

Me entretuve tanto en mirarte, Señor

que no te veía.

¿Qué puedo Jesús?

“Mírame a los ojos

verás mi corazón,

mi Sagrado corazón de Jesús.

Sagrado corazón de Jesús en el que confíes.

Haré que tu corazón sea semejante al mío:

manso, humilde, paciente, generoso, limpio,

lleno de fe, de ilusión, de alegría,

que tu mirada sea la mía,

tus palabras salgan de mi boca

que salgan tus sentimientos,

de mi corazón.

Que quien te mire,

me vea, me escuche, me sienta y me reciba.

Mírame, para verme

ten sed, para beber de la fuente

que mana de mi corazón,

hambre para saciarte de mí,

cansancio para apoyarte en mi hombro,

miedo para poder estrecharte,

frio para arroparte,

siente soledad y te acompañaré

siéntete perseguido

y tu refugio será mi Padre

desconsolado y podré acurrucarte".

Pasará el fugaz tiempo

Y seguiré gritándote:

Ten compasión mi Dios

que es torpe y cobarde

este esclavo tuyo

mi Señor.

<<“¿porqué les hablas en parábolas?” les preguntaron los discípulos a Jesús, él contestó: “les hablo en parábolas porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender.

¿Estaría refiriéndose nuestro Señor a las hermandades actuales o no es más que pura casualidad? ¿No estaremos escuchando sin oir nada y mirando sin ver? Cobardía, desinterés, despreocupación, pasotismo, ¿Cómo se puede llamar sin que nos sintamos ofendidos?.

Estamos tan habituados a leer y escuchar su palabra que no apreciamos el inmenso tesoro que nos da. Lo mismo ocurre con el milagro de la Eucaristía, es posible que lo presenciemos tan a menudo, que apenas le damos importancia, y eres tú Señor, quien se nos da en comunión. No quiero ni pensar que estamos renunciando en muchas ocasiones a ser verdaderos costaleros, costaleros que porten a Jesús Nazareno, no ya sobre sus cuellos, sino mas bien en su alma, en su corazón, obedientes al capataz Dios, que cuando diga “quiero llamadas mu cortas, callarse abajo, un poquito…, mu poco…, vale…, vamos a dejarnos ir que estamos llegando al barrio.

¿Qué barrio, Señor? ¿el barrio en donde el respeto a la vida es primordial, la caridad con los demás esencial , el desprenderte de aquello que quieres y compartirlo se hace fácil, en donde se respeta a nuestros mayores?… ¿Qué barrio señor?

Quiero pensar que no me he equivocado , que soy hermano de esta hermandad, porque siendo un niño, recuerdo que cuando se aproximaba la semana santa, nos parecía que nunca llegaba, se hacía infinito, (infinito: tiempo que transcurre desde que pasa la semana santa hasta vuelve a llegar) tuvimos la osadía unos amigos y yo por supuesto, de peregrinar desde nuestra calle, Trianilla, hasta esta plazoleta a ver si el destino y otros factores humanos, a los que podría poner nombre, concurrían para que pudiéramos vichear los impresionantes pasos, pero los de verdad . Digo pasos de verdad, porque yo tenía el mío propio, pero por mucho que lo

intentaba, poco tenía que ver con los que yo anhelaba tener. Mi pasito, ya podéis imaginar, caja de cartón, normalmente pedida en la tienda de Teófilo, alguna estampita que mi abuela Dolorcita me dejaba, siempre a las que no alumbraba con la mariposa y alguna que otra flor cogida, por no emplear otro verbo , del corral de mi abuelo el barrero.

Sorpresa y estupefación la nuestra cuando al llegar a nuestro lugar de peregrinación, aquella puerta que hacía segura la fortaleza en donde custodiaban como tesoro los pasos, estaba abrochada y lacrada, custodiada por un número amplio de soldados en un deambular por el interior de aquel alcázar. Después del riesgo asumido por salir de nuestro territorio, nos quedábamos sin recompensa, qué frustración, qué fracasada expedición, nuestro objetivo no lo habíamos conseguido. Había que resolver, porque dentro se presuponían gente con el trasiego del montaje, lo que después supe eran los llamados priostes. Junto a la puerta se podía observa una ventana, pero el caprichoso constructor quiso disponerla de tal manera que no pudiera servir de mirador, sino más bien que te provocara a la escalada. Cada cual como pudo, se engalanó a la ventana, ardua tarea para algunos, como yo, al decir verdad yo debí pasarlo mal porque la gravedad aplicaba en mí una fuerza extraordinaria. El esfuerzo mereció la pena, porque al culminar la cima, obtuve como recompensa insospechada, la satisfación de contemplar sobre un barroco paso dorado la sinuosa estampa de un Cristo enorme, cargando con una cruz, imagen que para siempre quedó impresa en mi retina. Qué envidia sentí desde el otro lado de la reja, tan lejos y ver a aquellos jóvenes, aunque a mí me parecieran más mayores, que tenían la osadía de estar a su lado, como profanando algo que para mí era tan sagrado y lejano a la vez, se movían como el que se siente seguro en su casa, con confianza y desparpajo.

Desde aquel preciso instante algo sucedió en mí, algo que me llevó a tomar, a mi corta edad una decisión firme y segura: quería ser como aquellos hombres que había visto a través de la ventana, quería estar cerca de aquel Señor Nazareno, y para ello tenía que hacerme hermano de la hermandad de Jesús.

Nunca entendí, y tengo que admitir que me daba hasta un poco de rabia, porque había dado el paso de hacerme miembro de la hermandad de Jesús, cuando yo en realidad era fervoroso seguidor de otras, quería que me gustaran otras, sobre todo porque eso de salir a procesionar de día era algo que no acababa de gustarme, a mi me gustaba el encanto que tenia la noche, de esas ceras quemándose, ofreciendo a las imágenes esa luz a la vez que cálida y penumbrosa, parece que todo es más íntimo y recogido, la oscuridad hace que te apliques más en aquello que sólo la luz es capaz de resaltar. Los ínfimos detalles son más detalles sin cabe, y a mi todo eso me gustaba.

Siempre rondó por mi mente la idea de pertenecer a otras hermandades, pero son ya 45 los que calzo y aún no he podido vencer esa fuerza que impide que tenga capacidad para ello. Creo que soy hombre de una sola convicción.

Es hermoso recordar cómo siendo un niño eres capaz de sentirte costalero, aunque tu trabajadera sea de viejo cartón, pero es un sentir la pasión de Cristo, que desde pequeño te hace vivirla de una manera especial, creo que ser costalero es un sentimiento que nos viene ya otorgado, es una forma intensa de compartir con Cristo su pasión. Reviviendo estos recuerdos de mi infancia me viene a la memoria cierto día que concerté con otro cofrade de la época una procesión con su paso y el mío, creo que le di plantón, aquel niño que jugaba a ser mayor entonces, quizás nunca pudo imaginar que ahora en la actualidad sería, pero sin jugar, un verdadero capataz.

Cuando te miro Jesús, escucho

¿te acuerdas cuando siendo un niño

asomado a la ventana te hice un guiño?

¿Qué fue aquella mirada,

que aún no he podido?

Han pasado los años y aún

sigo siendo aquel niño.

Cierro los ojos, me veo

aferrado a aquella ventana

imaginando lo nunca visto.

Intentado ver, curioso

con la inocencia de un niño,

sin saber que voy a encontrar.

Y fue a ti Cristo bendito

un tesoro inmenso, que

mi alma cautivó al momento

y sin saberlo, mi amigo.

Mi amigo del alma Jesús.

Te hiciste mi amigo.

Amigo que con el paso del tiempo

no eres amigo, eres, Señor

mi destino, mi fuerza, mi aliento,

suspiro que se me escapa dolido,

eres alivio de mis tormentos,

compañero de fatigas,

eres ejemplo de mis hijos,

de amor al Padre,

de querer a tus amigos.

Amigo que nunca fallas.

Amigo Jesús Nazareno

AMIGO

Una vez hecho los trámites oportunos, como mandan las reglas, pasé a formar parte de la que es hoy mi hermandad.

Parece que fue ayer, cuando le dije a mi madre que quería salir de nazareno y ella muy complaciente dijo, tendremos que hacerte una ropa. Por aquel entonces, recuerdo estaba mi madre realizando un curso de corte y confección que impartían en la que era la antigua biblioteca municipal, y allí mi madre muy orgullosa, me llevó un día para que la maestra, que sería quien cortara la ropa me tomase medidas. Todas eran mujeres y yo solo un niño en medio de ellas, ruborizado, avergonzado, escondido y todas diciendo: “a ver, Isabel, ¿este es tu hijo?”, con qué orgullo oí a mi madre decir “mira, anda que es feo” ,¿a quien le parece feo su hijo?

Aquel mismo año me estrené como nazareno de mi querida hermandad y mantengo en lo más hondo de mi ser el recuerdo, como oro en paño, de la noche anterior en la que no pude conciliar el sueño, pensando en lo que se me venía encima, era tal el cúmulo de sensaciones, que no tenía capacidad para asimilarlas, era fascinante y agrio a la vez. No podía imaginar que ese desasosiego pasaría en adelante a formar parte de mi semana santa.

Sorprendente imagen, la cantidad de nazarenos que con túnicas como la nácar y capas y antifaces que parecían haber robado el

color a los lirios del campo, cuánto morado intenso ocupaba las calles, qué olor, qué ruido, qué silencio… qué sensación de asfixia bajo aquel terciopelo que cubriendo mi identidad hacía que me faltara el aliento, mi corazón acelerado y sin hacer esfuerzo alguno, qué emoción contenida, qué desconcierto, no pude evitar que corrieran por mis mejillas, lo que los ojos tenían de sentimiento, refugiado en mi capirote de cartón con antifaz de terciopelo.

Cuánto hubiera dado en aquel momento por ser mayor y no sólo sentirme costalero, sino vivir en mis carnes lo que en otros percibí disfrutaban al hacerlo. Mantengo confuso recuerdo del momento en que hombres salían y entraban del paso de la Virgen por no sé bien qué hecho, pero si ellos sudaban y otros lloraban, yo sólo lloraba, no sé por qué, ¡cómo lloraba debajo de mi antifaz!, luego comprendí que era impotencia lo que sentía por no poder hacer lo que ellos, pero quiso nuestro Jesús que con el paso del tiempo, fuera costalero suyo, del Nazareno.

Y fue, casi por azar, que un buen día un amigo comentó “me voy a meter de costalero”, “pero si eres muy nuevo”, le dije, pero hace falta gente. Para mí, que algo quiso decir con aquello. Así fue, pues cometí la bendita locura de asistir a aquella reunión de costaleros. Muy cortado y quedándome como siempre por pudor atrás, como solía ocurrirme, veo a un joven y enérgico capataz diciendo y haciendo, y cuando me quiero dar cuenta me dicen “a ver, tú, aquí” aquí era en la segunda trabajadera del Cristo, ¿qué me está pasando? No daba crédito. Estaba un poco asustado, pues sólo quince había cumplido, aunque casi con este mismo cuerpo. Y así fue, cuadré en la segunda del paso Cristo, trabajadera en la que he tenido el privilegio de compartir con mis hermanos los dieciocho años que Jesús ha querido que le acompañe como costalero en su recorrido por las calles de Mairena.

Tuvo que ver, cuando llegué a mi casa y ¿cómo le digo yo a mi madre en lo que me he metido? Yo solo me decía: pero no le va a importar porque me tenía que hacer una ropa nueva de nazareno y así no tiene que hacérmela.

Lo propio, “que eres muy nuevo, que el paso pesa mucho,…tras algunos dimes y diretes pude convencer a mis padres de lo que aquello significaba para mí. Que pensándolo bien, no sé qué cosas se me pudieron ocurrir para justificar aquella bendita locura.

Y fuiste tú, Jesús

no me cabe la menor duda,

fuiste tú, quien me llamó.

Otra vez, Jesús

¿Qué quieres de mí?

¿Aliviaré en algo tu peso?

¿O soy yo peso que sumas?

Querías que estuviera a tu lado

como yo a ti, tanto te lo he pedido,

cuando te imploro Jesús Nazareno

no me olvides en mis tribulaciones

que solo no puedo,

quiero que estés conmigo,

y Jesús tomando su cruz

se puso a caminar junto a mi,

y yo con Él, como amigos.

Me enseñó cómo aliviar el peso

pues Él sostiene la vida,

igual que alivia al enfermo

y conforta a las almas perdidas.

Me enseño a soportar la indiferencia

y porque no el olvido.

Como querer aunque no te quieran

Y a ser agradecido.

Qué fácil es descargarte de aquello que te resulta incómodo o molesto, haces como que no es tuyo y basta. Pero Jesús ¡qué pesado debió sentir su hombro al no dejar de amar a los hombres! ¡Qué poco alivio debes sentir con nuestro quehacer! . Si hacemos de cirineo o de costalero, de las dos formas podemos aliviar el peso que Jesús siente sobre su hombro por la pesada cruz.

¿Quién me mandaría meterme en esto? Qué rápido me invadió ese pensamiento, signo de la fragilidad humana, cuando sentí sobre mis hombros el peso de aquel madero, y eso que empujábamos muchos, treinta éramos pero qué peso más horrible, y piensas… ¿tanto pueden pesar nuestros pecados?... Y más.

Gentío, música, saeta, aplausos, sermón y Jesús en silencio con su paso firme, haciendo lo que el Padre le ha encomendado, y yo debajo, mirando cuánto puedo hacia arriba y diciendo en esa conversación intima “dame fuerzas, Señor” pero yo pido fuerza física y el me da mucho mas, me da fuerza para vivir el día a día, para entender, aún con mucho trabajo, lo difícil que es aceptar la voluntad del Padre, me da fuerzas para pedir perdón a aquellos a los que ofendí y saber perdonar, fuerzas para amar a quienes me aman y a quienes me desprecian, fuerzas para arrimar el hombro allí en donde me necesitan, fuerzas para compartir lo que por egoísmo quiero para mí, fuerzas para adorar y glorificar a un Dios, que es un Dios cercano y amigo. Gracias Señor por darme tantos momentos divinos.

No olvidaré uno muy especial para mí, Señor, sabes cual te digo, pues obra tuya fue como tantas has hecho conmigo. Aquel año en que mi madre no derrochaba salud precisamente, más bien al contrario, físicamente debilitada por la química que el hombre inventa algunas veces con su mejor intención para remediar algunas enfermedades y que causa estragos colaterales irremediablemente.

Aquella estación de penitencia fue para mí, si cabe, la más intensa, duradera, angustiosa, penosa, incluso infinita, de toda mi vida, fue un miedo por llegar a la ermita y no verla a ella, un no querer llegar nunca, un quiero y no puedo pensar en ello, un constante gritar a Dios en silencio en medio del barullo, que oyera mi súplica, mi plegaria, que sólo era una: no quería, no podía perderla, no podía dejar que te llevaras a que quien me dio la vida, a quien yo más quería.

Que obraras el milagro, te grité Señor, que era tan vital para mí, como la misma vida, que necesitaba llenar mis alforjas con su vida, que necesita abrazarla sudado, besarla con fuerza, sentirme aliviado en sus brazos, sentirme hijo suyo.

Lo último que esperaba, era lo que más había pedido. Allí estaba ella, mi madre. “No sé si estaré soñando o esto es vivirlo”, pero me miró, casi con la mirada perdida, pero con ese amor que sólo una madre puede sentir por su hijo. No hubo palabras, sólo abrazo, sudor, lágrimas, un suspiro inmenso de mi alma y alivio.

En medio del tumultuoso ruido, como de una cofradía que acaba de recoger a su Cristo, no había nadie más que Jesús Nazareno, cansado y angustiado del camino, mi madre, cual Amargura que no abandona a su hijo y un humilde y pobre costalero cansado, casi desvalido, que hasta entonces no supo lo que era sentir el peso de una trabajadera, no de palo, sino de vivos. Conversamos los tres, como se puede hacer en un sagrario, palabras mágicas y silenciosas. “Cuando me pidas algo con fé y confianza, no dudes, ¿acaso no te lo he dicho?” “Perdona mi desconfianza y falta de fe,

Señor. Gracias. Gracias.”,” Estoy bien hijo”. Qué Dios más cercano, qué momento más profundo, no quiero que acabe, aunque, ya con el murmullo, pude leer en los labios de Jesús : no estás tú solo, son muchos los hijos, quiere a tu madre como lo debe hacer un hijo y confía en mí, que no te verás desvalido.

Fuiste para mí, Amargura,

como nuestra Señora,

que acompaña a su hijo.

Recompensa infinita, la mía

al verte junto a Jesús, madre

¿Cómo sentir otra cosa?

si no puedo,

es pasión lo mío.

Te adoro madre,

Te quiero y no te he podido.

Escribiendo este sentir he mojado el papel con lágrimas, no pude evitarlo, sentirte tan cerca, tan conmigo. Aconsejándome, como hace una madre con su hijo. Aunque no te tenga a mi lado, porque es lo que quisiera, entiendo que es egoísmo lo mío. Bendita seas madre que acompañas sin duda a tu esposo, mi padre, a los ángeles y santos del cielo con nuestro Señor Jesucristo.

¡Cómo me enseñas a querer a Jesús!, a sentir infinito amor por su madre la Virgen, no importando cómo la llamemos cada cual ¿Amargura? Da igual, Dolores, Carmen, Ancilla, Ángeles, Caridad, Remedios, Amparo, Rocío, Reyes, Rosario, que más da, Madre de Dios es, por todas ellas me inculcaste devoción, amor y respeto.

¿Qué puedo yo sentir? Si no es lo que he mamado de ti madre. Todo eso lo vivo.

Te quiero madre, que se entere el mundo, que no estoy enfermo, sino que es de amor, amor que doy a los míos, que son tuyos a la vez y que sin ellos no vivo. Te quiero.

AMIGO

Señor, sin ti no soy nada, mi propia cosecha, separado de ti, es el mal y el pecado. Unido a ti, mis obras dan gloria al Padre ¡Quiero permanecer en ti, como el sarmiento unido a la vid!

Que bien se está a tu lado cuando las cosas van bien, pero cuando se nos tuercen qué pronto te abandonamos y huimos de ti.

Dame fuerzas Señor para quedarme siempre contigo, en los momentos de luz y en los de dolor. Tan presente estás tú en Getsemaní como en el Tabor. A tu lado esté como esté, siempre me sentiré seguro. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis rebosando de robo y desenfreno! ¡Fariseo ciego!, limpia primero la copa por dentro y así quedará limpia por fuera" (Mateo 23, 23-26)

Qué acertados comentarios los del dominico que, a la luz de estas palabras evangélicas nos interpela directamente a cada uno de nosotros: ¡Seamos capaces de ver cuánto de escribas y fariseos tenemos y seamos capaces de limpiar nuestra copa por dentro!.

"Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre:<<Mujer, ahí tienes a tu hijo>>. Luego dijo al discípulo:<<Ahí tienes a tu madre>>. Y desde aquella hora el discípulo le recibió en su casa". (Juan 19,25-27)

Qué sabia decisión la de esta querida hermandad a la hora de representar un pasaje tan hermoso de los evangelios: María

acompañada del discípulo amado, la madre de Jesús acompañada por el joven al que más quería su hijo.

Un Juan joven, es quien acompaña a María y a su querido Señor hasta la muerte, un joven responsable y consecuente hasta el final, demostrándonos que los compromisos que adquirimos en la vida no tienen fecha de caducidad.

Obra del Señor es, como todo lo bueno que ha ocurrido en mi vida, que sintiéndome amado como Juan, en mi juventud formara parte de una brillante idea que fue realidad para muchas generaciones de este pueblo, me refiero al Club Juvenil Alegría, nombre precioso, aunque antes llamado Centro de Acción Católica, y conocido popularmente como el Centro.

Idea genial ésta, de una persona que tuve la suerte de tener a mi lado mucho tiempo, me enseñó a ser mas persona, a perdonar, a comprender y entender el comportamiento de los demás, pero sobre todo me enseñó a amar al Corazón de Jesús y a su bendita madre, fue mi guía espiritual hasta el fin de sus días, mi confesor, de sus manos recibí sacramentos benditos, fue mi cura, como mi padre y yo le llamábamos. Hablo como podéis imaginar del que fuera tantos años párroco de nuestro pueblo: mi querido Don Enrique.

Desde aquí mi modesta mención a un hombre que se entregó a su pastoral y por el que tantas generaciones de maireneros han pasado, sin duda que quedando marcados para siempre por aquellos años vividos en consonancia con unas directrices marcadas por un ministro del Señor.

Padre mío, que fuiste en mucho,
admiración y respeto siento por ti,
permíteme que te tutee,
en la intimidad,
ahora que hablamos a solas.
Fueron tantos los sucesos
afrontados juntos,
tantas empresas compartidas
que no sé si amigo, padre o cura.
Privilegio el mío
al cruzarse nuestras sendas,
gratitud la mía
al dejar que te conociera,
que a mi lado estuvieras
momentos duros y dulces
amargos y alegres.
Disfruta de tu morada merecida
querido Don Enrique
goza con el Corazón de Jesús
al que más querías.

Fue en el Centro y más tarde en el Hogar Parroquial, otra genial idea de Don Enrique, en donde afortunadamente se empezaron a forjar unos lazos inquebrantables de amistad entre unos jóvenes que llegan hasta nuestros días, personas que forman parte de mi vida, lamentablemente algunos ya partieron hacia otro destino, seguro que felices, y no están entre nosotros. Sin duda, mi vida sería otra si no hubiera tenido la inmensa suerte de conocer a la gente que en la actualidad conforman mi familia y entorno.

En esta feliz etapa de mi vida, conocí a muchas de las personas que hoy más quiero, aunque no me una a ellas vínculo de sangre alguno. Son esa clase de personas que parecen hayan salido de un mundo de sueños y de deseos. Deseos que haces realidad a cada instante de tu vida. Cuando la simple idea de saber que están ahí, te hace sentir bien y seguro de ti, es señal inequívoca de que son las personas que tienen que estar y no otras, que se quedaron por el camino. En estos casos no importa la distancia en el tiempo o en el espacio, no importa si no compartes del todo una idea, da igual el color de tu hermandad, el de tu equipo, la bandera de tus ideales, el estamento social en el que te muevas, la gente con que te relaciones, la familia de la que provengas, todo eso queda relegado a un segundo plano. Cuando estás frente a un amigo de verdad tu vida tiene otra dimensión.

Hay días en la vida de una persona, que parecen no tener sentido, puedes perder el norte y no encontrar brújula, se hace de noche tan oscura que no alcanzas a ver ni la luz de las estrellas, tus oídos parece que ensordecen y tu corazón se vuelve frio; es entonces, cuando nuestro Jesús Nazareno pone en tu camino una señal bien clara de dónde está el norte, te hace oir a tus pequeños pidiendo atención, enciende una buena fogata para iluminar bien y calentar lo que antes parecía estar frio. Y pone a tu lado como a unos ángeles de la guarda, pero con nombres y apellidos, son humanos: son mis hijos, familiares, compañero y amigos.

Perdonad que robe tanto de lo vuestro, pero es tanto lo que necesito, que nunca podré devolver lo que hacéis conmigo.

Quiero dar las gracias a Dios por ser un hombre rico, poseo un incalculable tesoro, mis hijos, ni que decir tiene, mi familia y a vosotros GRACIAS, mis amigos.

REFLEXIÓN-CONCLUSIÓN

Ya se acerca el día y el que tiene que pregonar, anda enajenado, confuso, buscando el cómo transmitir todo aquello que siendo sentimientos debe revelar con palabras.

A nuestro Señor pido cada día en mis oraciones, que ilumine a este humilde pregonero en su labor de proclamar las verdades y grandezas de nuestra fe y por consiguiente de nuestra hermandad, porque lo que tengo claro es que pregonar nuestra fe es manifestar, proclamar, afirmar, anunciar, confesar… alto y claro que nuestro Jesús Nazareno cargó son su cruz por nuestros pecados y que como poco debemos de sentirnos adeudados, con su infinito amor.

Mirando el paso de nuestro Jesús Nazareno y contemplando esa lamentable y plástica escena, recuerdo por un momento aquélla acontecida hace ya tiempo: “los soldados lo llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio y convocaron a toda la cohorte, y le vistieron una púrpura le ciñeron una corona tejida de espinas, y comenzaron a saludarle: Salve, rey de los judíos. Y le herían la cabeza con una caña y le escupían, e hincando la rodilla le hacían reverencias. Después de haberse burlado de Él, le quitaron la púrpura y le vistieron sus propios vestidos.

Lo sacaron para crucificarle, y requisaron a un transeúnte, un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, para que tomara la cruz” (Mc 16-21)

¡Qué momento viviría aquel hombre!, que regresando a casa de su trabajo, cansado de la labranza del día, lo involucran en algo que ni le va ni le viene, ¿que pasaría por la cabeza de aquel hombre cuando sin esperarlo, le cargan con el peso de un madero, que no correspondía a él?, ¡qué asombro!, ¡qué susto!, miedo quizás…probablemente miró a quién tendría que llevar el madero y

podría comprobar que no era como los demás reos, seguramente en su mirada vio, compasión, perdón, redención, amor… y sin saberlo cumplía con lo que Jesús había dicho “ si alguien quiere ser mi discípulo, niéguese a si mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16-24).

Es imposible conocer a Jesús, aunque sea en estas condiciones lamentables, y no amarle, amarle y no seguirle. ¿Seguimos a Jesús, o quizás ni lo conocemos?

¿Sería el cirineo el primer costalero de la historia?

Sin duda que sí, él fue el primer hombre en sentir sobre sus hombros el peso del madero, sobre el que iban a crucificar a un inocente, a nuestro Jesús Nazareno.

Todos los que nos sentimos costaleros, y que en algún momento de nuestra vida hemos arrimado hombro con hombro con nuestro hermano de trabajadera para llevar a nuestros benditos titulares, estamos encarnando a aquel hombre de cirene, que soportó por momentos el peso del leño, él sin saber ni a quién ni por qué aliviaba, pero nosotros jugamos con la ventaja de saber que es a nuestro Señor Nazareno y a su bendita madre a quién llevamos sobre nuestros cuerpos.

Que orgulloso, Señor,

al sentirme Simón costalero,

poder aliviar por un momento

el lastre que sin merecerlo

sobre tu silueta divina

los hombres pusieron.

Que avergonzado, Señor

al sentirme Simón costalero,

por no saber aliviar ni un momento

el sufrir de mi Nazareno.

No sé que siento, Señor,

cuando arropado por mis compañeros

me siento injertado

como nacido del madero.

qué oscuro está aquí abajo,

todo es sudor y esfuerzo,

encerrados por cuatro faldones

limpios, morados, de terciopelo.

que impiden que salga

hasta nuestro aliento.

¡Cómo puedo escuchar

el lamento de un madero!

Qué oscuro está aquí abajo

y qué glorioso, te siento.

Aquí abajo el gritar de las zapatillas,

ahí arriba el ruido del viento.

Aquí abajo el olor a esfuerzo,

ahí arriba el perfume a incienso.

Aquí abajo quejido del hermano,

ahí arriba el cantar del saetero.

Aquí abajo el rezo del costalero,

ahí arriba la plegaria al cielo.

Aquí abajo, “vamos valientes”,

ahí arriba el sol reluciente.

Aquí abajo el hombre que suspira,

ahí arriba unos cirios en llama viva.

Aquí abajo, una faja ceñida,

ahí arriba, un lirio que se marchita.

Aquí abajo, una boca seca, sin aliento,

ahí arriba, un Cristo caminando con fatiga.

Aquí abajo, una plegaria a Dios,

ahí arriba, una madre que nos guía.

Aquí abajo, unos oscuros maderos,

ahí arriba, un paso dorado, que brilla.

Aquí abajo, un gran pecador,

ahí arriba, Señor, un Dios que nos guía.

Aquí abajo, un pie sigue a otro pie,

ahí arriba, un Nazareno que camina.

Aquí abajo, “a esta es” y empujamos

ahí arriba, que no se note la caída.

Aquí abajo, sin soldados ni ejército,

ahí arriba, una legión de romanos.

Aquí abajo, ciegos, sin ver,

ahí arriba, un capataz que nos guía.

Aquí abajo empieza a amanecer,

ahí arriba, las estrellas se postran

y el sol justifica.

Aquí abajo, esclavos queremos ser Señor de ti,

ahí arriba, una mujer libre, tu rostro limpia.

Aquí abajo, un llanto amargo,

ahí arriba, una virgen, Amargura divina.

Aquí abajo, el rachear de los pies,

ahí arriba una mecida a nuestra madre bendita.

Aquí abajo, un costal hundido en el cuello,

ahí arriba, un joven San Juan a su madre alivia.

Aquí abajo, un no puedo más,

Ahí arriba, una madre fuerte, dolida, acompañando a Jesús.

Aquí abajo, ¿cómo iremos?

Ahí arriba, un paso que anda como la gloria,

que cimbrea sus varales al compas, del que camina,

una madre que llorando, es bella,

que aún Amarga es bonita.

¿Por qué lloras madre?

No sabes que a tu hijo, aunque a la muerte camina, son tus hijos, sus costaleros los que lo llevan en hombros para que no sufran sus pies, ni con la arena más fina, que quisieran poder descargar esa cruz pesada de sus hombros divinos, para poder entre todos compartir el dolor que le agoniza.

¿Por qué lloras madre? No ves que aunque sus discípulos lo abandonaron, Juan, su amado, ahí lo tienes a tu lado, con la mano

siempre extendida, presuroso al ver que te alivia, sin perder ni por un momento la esperanzada mirada en la nueva venida.

¿Por qué lloras madre, con tanta Amargura? Si fuiste tan valiente , a Dios dijiste que “si”, si a tu prima fuiste a visitar, para dar la nueva noticia, si el mundo entero te adora, te reza, te llora, te alivia, te suplica, te ríe, porque eres alivio para nuestro sufrir y entre todas las mujeres la más bonita.

Si fue un ángel quien te dijo, en un palio te llevaran por las calles de Mairena, sin saber que ponerte para que estás más linda, eres Virgen y Madre a la vez, cosa sorprendente y cosa divina, y aunque parirás con Dolores, darás a luz a un varón al que pondrás por nombre Jesús Nazareno, ¿Cómo será si no conozco varón? El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del altísimo te cubrirá con su sombra. <<He aquí la Ancilla del Señor, hágase en mí según tu palabra>>. Y haciendo aplomo de tu Caridad aceptaste la inmensa responsabilidad de ser la madre de Jesús. No sientas Soledad madre, que todos los Ángeles del cielo sienten Amparo de ti, sabiendo que eres Reina, y el Remedio para toda criatura. Eres como Rocío que alivia nuestra sed, eres nuestra madre que estando presos en la Cárcel de nuestros pecados a tu Hijo nos muestras como guía.

¡Qué trabajoso escribir sobre lo que es ser costalero! Expresar en verbo lo que es sentimiento.

Es una forma de querer a Jesús, es una forma de vivir y sentir diferente. Es un saber querer con trasparencia y con verdad. Es abrirte al mundo y exponerte a Dios, dejarte obrar por Él, sentirte instrumento divino, herramienta en sus manos.

Un Costalero, bien sabe que da todo, sin esperar recibir nada a cambio. Pero la paradoja es que cuando vas con la faja ceñida y el costal ya sudoroso, todo lo que pasa por tu mente son súplicas, en ese momento, creo que bajo las andas del paso, se edifica la catedral más exagerada jamás vista, en donde es tal la intensidad

con la que se suplica a Jesús, por nuestras intenciones, que dudas que haya en el mundo un lugar de culto más vivo.

Se percibe en el aire, el respeto, el silencio. La oración profunda, la súplica, la gratitud… es imposible de expresar, pero el costalero sabe bien lo que digo.

Cuenta atrás, que hacemos todos, para que por fin llegue el momento, mezcolanza de realidad y sueño. Momento que todo Simón Costalero quisiera inmortalizar, detener el tiempo, sin saber si son los nervios de los preparativos, el recuerdo de los que ya no están, lo cierto es que estas inquieto. Deseando peregrinar en oración constante con tu Jesús por las calles de tu pueblo.

Qué peregrinar Jesús, entre el gentío y antes en silencio, cuando aún no ha amanecido y solo se escuchan los bermejos.

Como late el corazón, cuando esperando estás, puesto, a que suene el llamador, que atento, que nervioso, que silencio. Se hace eterno, la espera del sonido roto y seco, que a una todos hace que elevemos a nuestro Señor, muy despacito con mucho sosiego. Momento en que crujen las maderas, todo es silencio, dentro de la ermita y en la calle por supuesto.

Vamos muy poquito a poco y son esos primeros pasos los que hacen de todos, uno mismo, no hay mucho espacio, pero todos a una que bien lo hacemos, aún no ha caído bien el costal en su sitio y tienes unas décimas, ni un segundo diría yo para coger la postura. Que apremio por sacar a tu Cristo a la calle, sabiendo que el pueblo lo ansia, lo desea con anhelo. Que distancia más larga desde que crujieron las trabajaderas hasta el portal de la ermita, parece que el tiempo y no el espacio se durmiera, como queriendo que no pase el segundo que viene para disfrutar también del momento. La voz del capataz es tan diferente, no es rasgada ni rota, es como de estar delante de Dios, sin saber cómo puede estar ocurriendo.

Cuando te encuentras en el umbral, no sabría decir, si sientes anhelo, rabia, dolor, nervios, recuerdos del pasado, gracias Señor un año más, no me acuerdo, peso sin saber bien como, estás en la

calle y oyes como a lo lejos “prendedlo”. Ya se cumplió el ritual un año más, entonces por encima de todo el ruido: aplausos, cornetas, murmullo, comentarios, como si de otra frecuencia se tratara, se hace un silencio, a la vez terrible y hermoso, y se puede oir el ruido que hacen las cascadas de lágrimas que brotan de ojos inundados de amor, al caer por las mejillas de los hombres costaleros, lágrimas que aún en silencio hacen un estruendo hermoso, no en vano son las lágrimas de los costaleros.

¿no sé si podré expresar lo que es ser costalero?

¿preguntad a alguno de ellos?

Exhausto, maltrecho, dolorido, cansado, sudoroso, arrepentido, sediento, dudoso, impotente, orgulloso, contento,…impaciente, por fin llegas al barrio, llegas deseando llegar para en un instante desear no haber llegado aún, que largo y corto a la vez se ha hecho el recorrido. Quería llegar para aliviar mi sufrimiento, pero que lejos queda otra vez el nuevo suplicio.

Qué borrachera de sensaciones, me siento confundido, pero en el fondo escucho a nuestro Nazareno que me susurra al oído, que no se entere nadie, pero este año es verdad que también has venido.

Me gusta que estés en tu sitio, al lado de tus hermanos y también conmigo.

No descuides tus obligaciones como hijo del Padre, ámale sobre todas las cosas y después a tu prójimo.

No me dejes solo en la Eucaristía, cuando sepas de un necesitado arrima el hombro costalero, ahora; cuando puedas reza y habla conmigo que me agrada, ayúdame costalero a diario, que pesa mucho esto de ser un Dios vivo, que no doy abasto a tanto trabajo que compartido, Simón costalero es mas de amigos.

Yo no me quejo del peso que soporto, igualmente tú, no seas un quejica con las cosas que te suceden en la vida, mi padre tiene contado hasta los pelos de la cabeza de cada uno de sus hijos, no

te sientas desamparado, ni por un momento te olvides del Padre, que sólo Él puede darte consuelo y alivio.

Soy costalero viejo, como llaman a los que estuvimos. Dieciocho años no son muchos para ir debajo de un paso, dieciocho años no son muchos para compartir el peso aliviado, pero después de pedir consejo y aprobación a nuestro Jesús Nazareno, decido cambiar mi costal y faja por túnica, capa y capirote, queriendo calzar las mismas zapatillas con las que tantos años salí de costalero.

Fue mi hijo Ángel, el que con pocos años me dijo "papá quiero que vengas conmigo de nazareno y que me acompañes todo el recorrido" ¡Qué decisión! Anteponer la petición de un hijo que pide, desde el corazón, con sinceridad, con la verdad desnuda que pide un niño, y tu egoísmo propio del humano de seguir tu camino.

Con la venia de Jesús Nazareno, cambié costal por cirio. Desde entonces primero con mi hijo Ángel y luego también con mi hija Patricia, hombre y mujer ambos jesuistas, acompaño orgulloso como padre a mi señor de nazareno pero con corazón y espíritu costalero.

Qué admirable la grandeza de nuestro Dios, y que casualidad, que este pasado año celebró nuestra Hermandad el 75 aniversario de la venida a Mairena de Jesús, y nuestro Nazareno hizo salida extraordinaria por las calles del pueblo.

Allí estaba yo, como por inercia, sin saber otra vez muy bien porque. Habían pasado ya doce años desde que me metí la última vez debajo del paso, no dejando en ningún momento de ser costalero. Y volví a sentir, ahora desde la madurez que te dan los años, no con tanto brío, pero con más sosiego, el arrimar hombro con hombro con algunos compañeros de trabajadera que aún estaban cuando yo y otros que también habían vuelto en esta ocasión especial.

Y volví a hacer la salida de nuestro Jesús Nazareno, a las órdenes de un nuevo capataz, para mí, porque antes era compañero de cuadrilla, y volví a sentir esa sensación de ahogo, de palpitar

extremo de corazón que quiere salir del pecho, de temblor en las piernas, de sudor frio en las manos, de falta de aliento, Señor sólo tú y yo sabemos que cosas pasaron por mi cabeza cuando salimos.

Te pedí mil veces perdón, por si sentías que te hubiera dejado solo en algún momento, te di mil gracias por poder vivir de nuevo ese instante a tu lado, de sentir como se movía tu túnica al paso nuestro, de estar contigo, íntimamente en ese momento.

Y salimos a la calle señor, y no pude evitar lo que otras tantas veces, lágrimas, caudalosos caños de lágrimas que corrieron por mis mejillas, al ver con toda claridad, sin lugar a la más mínima duda por un momento a mis seres queridos en el cielo. Estaban en un lugar privilegiado, parecía un palco, todos juntos, mi padre y mi madre con sus consuegros, los cuatro abuelos de mis hijos, juntos en el cielo; y un cura y amigos míos que también se fueron, y estaban alegres junto a Dios, expectantes con los ángeles y santos del cielo, para disfrutar desde barrera de un evento divino.

Fue una sensación tremendamente rara, sentí desconsolada alegría y una nostalgia placentera, que a la vez que me abatía me inyectaba una dosis de esperanza y confianza en lo que nos tiene preparado el Padre Celestial.

El tiempo paró su marcha y volvió atrás, a esa Mairena, de aquellas fachadas encaladas, de calles de guijarros y construcciones que se confunden entre ellas, las que te hicieron los honores a tu llegada por primera vez, a esta tu tierra, pueblo elegido entre otros muchos. Por algún motivo fue aquí en Mairena y no en otro lugar donde quisiste venir a vivir por siempre Señor y establecerte como mairenero empadronado y con casa humilde a las afueras.

En un cajón encerrados,

guardados con recelo

cual presos ansían la libertad

han permanecido año tras año

aguardando el momento.

Sabían, y yo no

que saldrían contigo

otra vez Nazareno.

No quiero imaginar la conversación mantenida

¡Ha sido tanto el tiempo!

Seguro, pues que lamentaban

el no poderte acompañar.

Faja y costal, que guardé con recelo

esperando, quizá, que un día

sintieran de nuevo

el calor de otro cuerpo.

Tal vez, el de mi hijo

nunca el mío, ya viejo.

Pero voluntad tuya fue

Y mi orgullo siento.

Quisiste, Señor que de nuevo

a mi edad ya, no siendo un niño

como aquella ansiada vez

que ciñera mi faja al maltrecho cuerpo,

que anclara mi costal en su puerto,

presos ambos de pánico

sin saber, ni entender el motivo

pasado ya tanto tiempo.

Al cielo contigo.

Y quisiste, Señor

que volviera a volar a tu lado,

recordar tiempos pasados,

renovar compromisos viejos

sabiéndote Dios y yo testigo.

Tumulto exagerado,

extremo gentío,

tejido humano teñido de morado

todo por ver a mi Señor Nazareno.

Infinito gozo el de Mairena

nombrada del alcor y nazarera.

Aquí sembraste los campos

para luego entrar triunfante

derrochando Salud entre los vecinos

a lomos de un pollino.

Recogiste cosecha al olivo
para siendo Cautivo
compartir luz en lo divino
Humilde, encalaste las casas
reflejo blanco del alma,
luz de los alcores sin olvido.
Por Alconchel pasaste
viniendo del castillo,
y a los mayores dejaste
esperanza, salud y destino.
Fuiste al pozo a por agua
para calmar nuestra sed
y con la Veracruz nos colmaste de alivio.
Quisiste funeral como tal,
sin hacerlo divino, pero
Santo es tu entierro y no de olvido.
Tras las rejas de una cárcel
visitaste a los oprimidos,
sin dejar de estar, volviste
Glorioso, Resucitado,
y acompañado del Campanillo.

Después de 75 años Señor

imposible que seas el mismo.

Sigues derrochando amor,

perdonas más si cabe

pues grandes son nuestros olvidos,

das Amparo al desvalido,

comprendes al egoísmo.

¡Que poco pides a cambio!

Sin embargo yo,

nada aporto Señor.

Moriría suplicándote

en la medida de lo posible,

abandonar mi ser, para mi orgullo,

caminar junto a ti, sentir tu latido,

respirar tu mismo aire,

calzar tu destino,

estar a tu lado,

comer en tu mesa,

lavar tus pies y manos,

contemplar fascinado tu belleza,

oir tu voz serena,

repicar las campanas

para anunciar tu grandeza.

Costalero si pude ser

cuando parta,

Costalero Señor,

pero de ésta.

Llegando al final esta chicotá que hemos dado entre todos, y aunque cansados por el esfuerzo, hemos logrado mantener los zancos suspendidos, sin que se venga abajo ningún costero, manteniendo el paso a buen ritmo, pasito corto pero siempre avanzando, aliviándonos que queda mucho por recorrer y las fuerzas no pueden fallar , que esto es sólo la primera chicota de un largo recorrido, que es nuestra vida, y tendremos que fijarnos aquel costal que al principio nos hicimos, de tolerancia, caridad, humildad, ceñirnos bien la faja de respeto y calzar las alpargatas de amor; que cuando nos falten las fuerzas sintamos las tranquilidad de tener al lado un hermano en el que apoya la misma trabajadera nuestra. Y que llevados por el mismo capataz divino seremos capaces de arriar el paso, sólo cuando Él nos lo mande.

Que sea esta cuadrilla de costaleros jesuistas, los que hemos dao juntos esta chicotá, la que haciendo gala de su amor a Jesús, demuestre al mundo que es posible, que con El todo es posible.

Que sintiéndote costalero y teniendo por capataz a Jesús Nazareno ¿que puedes temer?.

Atentos a la llamada del capataz, “¿estamos?”, “que voy a llamar”, “cuando Tú quieras Señor”

He dicho.